

La Victoria, Villa Francia y La Legua: su lucha contra la dictadura

La libertad se ganó en la calle

José Miguel Jaque LN. 31 de diciembre de 2006

La resistencia más cruda al régimen militar se dio en las poblaciones. Con gente que le ganó al miedo. Pobladores convencidos que la vida no era vida sin libertad, trabajo y comida. Que luego de 17 años en la oscuridad hizo rondas en las calles. Pero ni la vuelta a la democracia ni la muerte de Pinochet los hace sentirse vencedores hoy.



Era octubre de 1972. Soledad Araos tenía 13 años y vivía sus últimos días de quinto de humanidades. Las vacaciones estaban a la vuelta de la esquina. Por eso sintió que tenía permiso para hacer otro de sus peluseos. Junto a su amiga Irma, sacaron la bolsa de leche en polvo y empezaron la guerra a la entrada de la Escuela No 27 La Victoria por la calle Independencia. “Para nuestros padres era todo un logro que tuviéramos leche en la casa, pero nosotros no le tomábamos el peso”, cuenta.

A Soledad le encantaban los festivales de la voz y las elecciones de reina que se hacían en La Victoria. Le gustaba ver cómo arreglaban los carros alegóricos con papeles de colores y globos. “A veces participaba. Otras, sólo me gustaba mirar como lo hacían”. Su padre era obrero municipal y eso era suficiente para tener a sus nueve hijos estudiando y terminar de levantar su casa. Lo hizo con sus propias manos y las de su hijo mayor, José, más las de sus compañeros del Partido Comunista. “Teníamos proyección. Teníamos sueños”, dice ella.

Esos son los últimos recuerdos buenos que tiene Soledad de La Victoria antes del golpe. El 11 de septiembre del ’73, tenía 13 años y sueños que se vieron truncados. “Mi padre andaba arrancando. Mi hermano Roberto de 18 años fue detenido el mismo 11 y mi madre iba todos los días a buscarlo porque no sabíamos dónde estaba. La familia se volvió disfuncional y tuve que asumir roles en la casa”.

Soledad ya no es la niña de los sueños. Hoy es la tesorera de la junta de vecinos y sus recuerdos del pasado tienen pocos colores. Habla de una población cercada y prisionera del miedo. La elección de reina dio paso al juego de las protestas: unos

eran los pacos y otros, los pobladores. Los jóvenes dejaron de ser libres. Ahora sentían cómo les pasaban el yatagán por el cuero cabelludo. Eran obligados a pasar descalzos por fogatas o sentarse en ellas. Vieron sus cuerpos adornados con perdigones.

“Vivimos todo ese terror. Los primeros años fueron terribles porque no sabíamos cómo venía la mano. Después fue como si la historia te obligara a tomar un rol en este proceso”, comenta su amiga Gloria Rodríguez, dirigente vecinal. “Al final, era defender tu vida. A nadie le preguntaban si era militante. Eras de La Victoria y atacaban a todo el mundo por igual”.

Las mujeres y los jóvenes tomaron el papel principal. La organización y la solidaridad ayudaron a convivir con el miedo. Así nacen las ollas comunes, los centros de recreación infantil, las escuelas para padres, los comités de cesantes, de los sin casa y de derechos humanos. Esos espacios facilitaron la coordinación entre las jefas de hogar y, a través de la Coordinadora Metropolitana de Pobladores, estaban en contacto con las otras poblaciones. También conformaron un comando poblacional con delegados de cuadras. “Así nos preparábamos para defendernos del abuso”.

Durante las jornadas de protestas, el padre Pierre Dubois salía a la calle y André Jarlan atendía a los heridos en la improvisada posta de la capilla. “La estrategia del padre Pierre era la no violencia. Nos enseñó a perder el temor cuando venía una protesta. Cómo tapar las rendijas para que no entraran las lacrimógenas, cómo hacer las zanjas para que no pasaran los furgones, cómo enfrentarlos cuando pretendían entrar a las casas”, cuenta Claudina Núñez. “Los tipos disparaban encima de nosotras, pero sabíamos que no podían pasar porque si no los chiquillos los iban a agarrar a pedrazos e iba a quedar la crema”.

Las mujeres no se atemorizaban con la invasión policial. Era una costumbre. Tanto así, que hubo días que se despertaron con los policías revolviéndolo todo en el living de la propia casa. “A mi casa llegaron a las cinco de la mañana en cuatro autos”, recuerda Claudina. “Cuando los vi ya estaban adentro. Se demoraron como tres horas en llevarme porque afuera estaba lleno de vecinas que no los dejaban. Cuando uno de ellos sacó un arma, les dije que no hiciera nada, que me iba para que no pasara a mayores. Igual mi mamá pidió a dos vecinos que me acompañaran como testigos. Para que no me sucediera nada”.

Cada allanamiento era acompañado por una multitud. Había que saber a quién se llevaron, dónde, las razones y las condiciones del arresto. “Teníamos que saber todo porque si no tergiversaban la historia”, agrega Claudina, “como pasó con el asesinato de André. Primero dijeron que estaba en una protesta, pero se dieron cuenta que funcionó la red de información y demostramos que la versión de los pacos era falsa”.

La muerte de Jarlan el 4 de septiembre del '84 fue un momento crítico. La gente no quería creer. “Si se atrevieron a matar a un cura, qué podrían hacerle al resto”, pensaron. Partieron calle por calle contando que lo habían matado. Tocarón las campanas. Las velan inundaron las calles. La gente se juntó en la iglesia. Era una muchedumbre. Ahí lloraron. Por la muerte del cura y por las lacrimógenas que les regaló la policía. La gente le gritaba al cardenal Fresno: “¿Este es tu acuerdo de paz? Nos mataron al cura”. También tuvieron que parar a los que querían volar el retén policial.

La Victoria soportó 30 allanamientos masivos durante la dictadura. El negro listado suma siete jóvenes asesinados en protestas, dos detenidos desaparecidos, dos ejecutados políticos. “Nosotros vivimos cosas terribles, inimaginables, pero de

alguna forma fuimos felices porque teníamos un objetivo común y la solidaridad se expresaba en una forma impresionante”, resume Gloria.

La muerte de Pinochet devolvió la risa a la población. El carnaval fue espontáneo. Fue una fiesta como de esas que le gustaban tanto a Soledad. Pero duró sólo el momento. La frustración que se apoderó de La Victoria persiste. “Es que lo dimos todo. Nuestra juventud, nuestra familia. Todo. Y nada ha cambiado”, dice la Sole. “En tiempos de la toma fuimos los callamperos, en dictadura fuimos los terroristas y ahora somos los narcotraficantes”, concluye Claudina.

Villa Francia: adiós a los niños

El pasado 10 de octubre, Luisa Toledo asistió al Cementerio General donde se sepultaron los restos de un ejecutado político. Los familiares le pidieron que dijera algunas palabras. Luisa miró al cielo y rogó a las víctimas de la dictadura que hicieran fuerza para mandar a Augusto Pinochet “al quinto infierno”. Al regresar a su casa, un l



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME: <http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo.